

Libro "sexualidad y familia" Eleonor Faur

Capítulo 4 Masculinidades y familias¹

Una introducción

El chofer del taxi hizo mínimos gestos que indicaron que registró la dirección solicitada y continuó manteniendo una conversación disimulada por un imperceptible aparato de telefonía celular ajustado en su oreja. A los pocos minutos, se despidió de su interlocutora con palabras amorosas y, con cierta gentileza me saludó, disculpándose, y comenzó a desahogar su angustiado relato.

Comentó que estaba hablando con su esposa, la madre de su hija de cinco años. La niña acababa de tener un accidente y se encontraba hospitalizada, esperando una próxima intervención quirúrgica de su cadera y su columna vertebral. Decía el hombre que el accidente se produjo por la caída de la niña desde la terraza. En medio del relato, abundante en invocaciones religiosas, el taxista intercaló una serie de informaciones desordenadas. Contó cómo consiguió que un comerciante mayorista del Once, de nombre Simón, le regalara una muñeca que la niña quería ("esa muñeca nueva, que vale más de cien pesos y habla... hace de todo") con sólo contarle la historia de la niña y su desesperación por no llegar a disponer del dinero que la operación requería.

Seguí atentamente su relato, apuntalándolo cada tanto con exclamaciones del tipo "pobrecita" "todo saldrá bien" y otras similares que salen casi sin el filtro del pensamiento al escuchar la angustia de un padre luchando por su hija. A su vez, el buen

hombre contó que llevaba 30 horas encima del coche, prácticamente sin descansar (lo que generó pánico en la pasajera, que imaginó el estado de los reflejos de un hombre angustiado y sin dormir). Esta maratón productiva se debía a su necesidad de juntar el dinero para la operación y para solventar el costo de la prótesis que la niña necesitaba en su cadera. Ya había juntado bastante, no sólo trabajando, sino también vendiendo su radio y mediante préstamos que los amigos le facilitaron, pero aún le faltaban casi doscientos pesos.

Entre el cúmulo de anécdotas, el taxista incluyó meticulosamente el listado completo, y con registro horario, de los cafés y los mates con aspirinas que ingirió para despertarse, así como los gestos solidarios que encontró en sus amigos. Entre estos últimos, contó una escena única en la que él se presentó en la casa de un amigo a las seis y media de la mañana para higienizarse. Este retrato incluía que el amigo le ofreció un baño "de bañera" y le cebó unos mates sentado en el inodoro mientras conversaban -ambos desnudos- y la esposa del amigo le planchaba su remera en el cuarto contiguo.

Al hombre se lo veía auténticamente conmovido a través de su experiencia límite de paternidad y mi (¿femenina?) alma continente se dejaba estremecer por los cuentos y comenzaba a imaginar una estrategia de donaciones en favor de la niña. Todo ello mientras un costado de mi mente divagaba sobre el enorme esfuerzo que traía aparejada la responsabilidad del *hombre proveedor*, sobre la increíble conmoción que estarían atravesando

familiarmente y sobre la suerte que tenía esa niñita de contar con un papá que tanto la quería y que tanto "se sacrificaba por ella.

Antes de que alcanzara a proponerle la "vaquita solidaria, me mostró una férula en su mano izquierda y anotó: "mire lo mal que estaré que ayer salí del hospital y le pegué tres piñas a un poste hasta que me lastimé el brazo... de la bronca.

Quedé paralizada ante el arretrato irracional, pero el señor, incólume, continuó su confesión: "... y no sabe cómo está la madre. Pobre, ellas sí que sufren estas cosas. Nosotros podemos preocuparnos pero una verdadera madre se desespera... imagínese que ayer estaba tan histérica que tuve que darle dos sopapos para que reaccionara'.'

Ahora sí, se me cortó la respiración. Procuré abstenerme de hacer comentarios, pero no lo logré. Con suavidad, ahora orienté el "pobrecita" a su esposa, en plan de mostrar la situación de una madre angustiada que -para colmo de males- se ve sometida a un episodio de violencia conyugal. Luego de hacerle una mínima observación de principios, arribé al destino. Mis antiguos planes de solidaridad se vieron reducidos al hecho de ahorrarle una discusión adicional y pagarle el doble de lo que marcaba el reloj.

Continué mi ruta según mis apurados planes, ahora con una nueva certeza en mente: los estilos de masculinidad distan de ser puros o unilaterales. Conviven en los hombres zonas de amor y zonas de violencia, expresiones de autoridad y rasgos de cuidado en variadas dosis. Pensar a los varones en

esquemas polares o dicotómicos no puede llevarnos muy lejos en la reflexión sobre las masculinidades tradicionalmente hegemónicas o sus contestaciones contemporáneas (extendidamente conocidas como "nuevas masculinidades").

En las páginas que siguen, nos proponemos presentar, muy sintéticamente, una aproximación conceptual para abordar el estudio de las masculinidades. Con ello, procuramos ofrecer algunas dimensiones de análisis para observar a los hombres dentro de sus familias y conjeturar acerca de la validez que tiene en la actualidad la referencia a la llamada "nueva masculinidad".

Masculinidades: elementos para su conceptualización

¿Es la masculinidad una condición biológica, un modo de ser, un conjunto de atributos, un mandato o una posición? David Gilmore considera que es una construcción que parte de un ideal representado en la cultura colectiva (Gilmore, 1994). Diversos autores coinciden en señalar que esta representación varía de una cultura a otra e, incluso, dentro de una misma cultura, en diferentes tiempos históricos, pertenencia étnica, clase social, religión y edad (entre ellos: Connell, 1995; Kimmel, 1997; Viveros, 2001; Olavarría, 2001).

No sólo varía la masculinidad, sino también la forma de pensar en ella. Clatterbaugh (1997) ha distinguido ocho perspectivas de análisis sobre las identidades masculinas. Todas ellas pretenden no sólo entender la masculinidad y las relaciones

sociales entre hombres y mujeres, sino también contribuir a la transformación -o a la conservación- de las mismas. Entre las que reconocen la existencia de jerarquías entre los géneros y/o hacia el interior del género masculino, se encuentran las perspectivas socialistas (Tolson, 1977; Connell, 1987 y 1995; Seidler, 1991) que consideran que la llamada "dominación patriarcal" forma parte de la lógica de jerarquización entre los seres humanos, que también tiene expresión en el sistema de clases sociales, así como aquellos autores profeministas liberales (Kaufman, 1989; Kimmel, 1992), que señalan que la masculinidad ha sido una fuente de privilegios para los varones y apuestan por su transformación. Asimismo, se pueden señalar perspectivas provenientes de la investigación sobre grupos específicos, las que reflejan la discriminación que atraviesan algunos varones, particularmente *gays* (Altman, 1972; Ellis, 1982, Thompson, 1987 citados en Clatterbaugh, 1997) y afroamericanos (Gibbs, 1988; Majors y Billson, 1992, citados en Clatterbaugh, 1990).

Entre los enfoques que no incorporan una mirada crítica sobre las relaciones sociales de género, se incluyen desde la desarrollada por el "movimiento mitopoético", que busca un resurgimiento de la "masculinidad profunda" y se encuentra fuertemente inmersa en una lógica esencialista (Bly, 1990; Keen, 1991; Kreimer, 1991), hasta las perspectivas claramente antifeministas, que se sostienen por defender los "Derechos del Hombre", negando la existencia de privilegios en favor de los hombres y

criticando la ampliación de derechos de las mujeres (Kimbrell, 1995; Haddad, 1993; Hayward, 1993). También en este campo, se ubican las perspectivas "conservadoras", para las cuales sería no sólo natural sino también saludable mantener la dominación de los hombres en la esfera pública, ejerciendo su función de provisión y protección, y la de las mujeres en la esfera privada, actuando como cuidadoras de los otros miembros de la familia.

De estos varios autores, nos interesa recuperar la definición de Robert Connell quien va más allá de la definición inicial de Gilmore, al observar la construcción social de identidades masculinas en un marco de relaciones sociales de género. Según este autor, las masculinidades responderían a configuraciones de una práctica de género, lo que implica, al mismo tiempo: a) la adscripción a una posición dentro de las relaciones sociales de género, b) las prácticas por las cuales hombres y mujeres asumen esa posición y c) los efectos de estas prácticas en la personalidad, en la experiencia corporal y en la cultura. Todo ello se produce a través de relaciones de poder, relaciones de producción y vínculos emocionales y sexuales, tres pilares presentes en distintas esferas de la vida social (familiar, laboral, política, educativa, etc.) y que resultan de gran fertilidad para el análisis de la construcción social de las identidades de género (Connell, 1995).

Partimos, entonces, de pensar la *identidad masculina* como una construcción cultural que se reproduce socialmente y, por ello, que no puede

definirse fuera del contexto en el cual se inscribe. Esa construcción se desarrolla a lo largo de toda la vida, con la intervención de distintas instituciones (la familia, la escuela, el Estado, la Iglesia, etc.) que moldean modos de habitar el cuerpo, de sentir, de pensar y de actuar el género. Pero, a la vez, establecen posiciones institucionales signadas por la pertenencia de género. Esto equivale a decir que existe un lugar privilegiado, una posición valorada positivamente -jerarquizada- para estas identidades dentro del sistema de relaciones sociales de género.

Diversas investigaciones sobre la construcción social de la masculinidad plantean la existencia de un modelo hegemónico² que hace parte de las representaciones subjetivas tanto de hombres como de mujeres, y que se convierte en un elemento fuertemente orientador de las identidades individuales y colectivas. Este modelo hegemónico opera al mismo tiempo en dos niveles: en el nivel subjetivo, plasmándose en proyectos identitarios, a manera de actitudes, comportamientos y relaciones interpersonales, y a nivel social, afectando la manera en que se distribuirán -en función del género- los trabajos y los recursos de los que dispone una sociedad.

Entre los atributos de la masculinidad hegemónica contemporánea, estudios realizados en distintos países latinoamericanos coinciden en resaltar componentes de productividad, iniciativa, heterosexualidad, asunción de riesgos, capacidad para tomar decisiones, autonomía, racionalidad, disposición de mando y solapamiento de emociones -

al menos, frente a otros hombres y en el mundo de lo público- (Viveros, 2001; Valdés y Olavarría, 1998; Ramírez, 1993, y otros).

A partir de esta noción, los estudios sobre masculinidades surgidos en las últimas décadas abundan en referencias a los "mandatos" que los hombres reciben de su entorno, y esto está también presente en nuestros trabajos empíricos. A través de talleres y entrevistas realizadas en Colombia, los hombres, independientemente de su edad o inserción social, mostraban haber recibido durante su infancia la prescripción de actuar conforme con ciertas reglas explícitas o implícitas respecto a prácticas típicamente masculinas, entrenar su fuerza física y ponerla a prueba a través de peleas en las escuelas, no ser vagos (en sus versiones de ser buenos estudiantes o de dedicarse al trabajo), no llorar, no jugar con muñecas, no vestirse con ropa "femenina", etc. (Faur, 2003).

Partiendo de esta constatación, muchos de los discursos sobre masculinidades oscilan entre miradas acerca de los guiones de género como monolíticos, o con escasos puntos de fuga, y las propuestas de transformación de identidades como proyectos para los que bastaría con la voluntad individual y la resistencia al modelo "impuesto" Y así, tanto dentro de los análisis que sientan su mirada en la construcción de subjetividades como en aquellos que analizan las posiciones de hombres y mujeres en el nivel macro-social, la referencia a las identidades como "construcciones" zigzaguea entre nociones de libertad e ideas de coerción social. Pero hay aquí una

mayor complejidad, puesto que las identidades no responden meramente a elecciones personales ni exclusivamente a formatos contruidos en el orden social.

Por otra parte, no todos los hombres viven ni valoran del mismo modo los esquemas de masculinidad hegemónica. Pero todos los conocen. Todos han sido, de uno u otro modo, socializados dentro de este paradigma. Y las mujeres también los conocen. Y muchas esperan que los hombres realmente se comporten siguiendo este modelo, crían a sus hijos varones de acuerdo con este esquema y critican a sus compañeros si no alcanzan a cumplir con lo que se espera de ellos. En una palabra: hombres y mujeres participan en la construcción de la masculinidad como una posición privilegiada. Ellos y ellas colaboran en la creación de esta sensación generalizada que Josep- Vicent Marqués sintetiza del siguiente modo: "ser varón es ser importante" (1997: 21).

Características de la masculinidad

La definición de masculinidad a la que adscribimos permite enfatizar sobre algunas características, que hacen a la construcción de identidades de género y que pueden ser útiles para pensar los vaivenes que se observan en los vínculos familiares.

En primer lugar, se debe subrayar que la masculinidad no está *dada*, como un traje ya confeccionado que los sujetos machos de la especie humana vestirán, sino que se construye, se aprende y se practica en el devenir cultural, histórico y

social. Desde este punto de vista, se encuentra vinculada al terreno de la acción y del movimiento, y no al escenario de lo estático y lo predeterminado.³ Esta postura nos aleja de las corrientes *esencialistas* para ubicarnos entre aquellas teorías que consideran a la masculinidad como parte de relaciones social e históricamente construidas y admiten su capacidad de transformación.

En segundo lugar, es importante enfatizar que la masculinidad se produce, afirma y transforma dentro de un *marco de relaciones sociales*. La identidad masculina no se construye a sí misma sino como parte de una relación "masculino-femenino". Los hombres construyen su identidad masculina en dependencia de estos esquemas de oposición y en referencia respecto de lo que es la no-feminidad. De tal modo, ser un "verdadero hombre" es no ser mujer ni femenino (Badinter, 1993; Kimmel, 1997).

Ahora bien, en esta relación "masculino-femenino", se encuentra una serie de falacias o preconcepciones. Por un lado, esta dicotomía suele asociarse a dos polos de características opuestas. Así, por ejemplo, puede observarse que mientras las representaciones acerca de lo masculino se relacionan con lo *racional, fuerte, activo, productivo, valiente, responsable y conquistador* (de territorios y de parejas ocasionales), lo femenino suele corresponderse con lo *emotivo, débil, pasivo, asustadizo y dependiente*. Por otro lado, este sistema de oposiciones binarias presenta una doble particularidad: no sólo se considera que las características más valoradas en el mundo occidental moderno coinciden con lo

socialmente atribuido a lo masculino, sino que además se suelen crear estereotipos al considerar que hombres y mujeres efectivamente *son* así y no admiten rasgos del otro polo dentro de sí.

La tercera característica que queremos destacar es la importante *heterogeneidad* que existe dentro de las prácticas y posiciones en las que los hombres participan. En efecto, la masculinidad no es una sola, sino que se crean y recrean distintos tipos de *masculinidades* en función de características personales y también de los espacios que los hombres ocupan en su entorno social, económico y político. Hay masculinidades más y menos duras, más y menos competitivas, hay formas identitarias más tiernas y suaves o más violentas, hay hombres productivos o estudiosos y otros más perezosos, existen los que hacen de la seducción una estrategia continua y los que optan por la fidelidad de por vida. Obviamente, los hombres singulares también difieren en rasgos de personalidad y gustos, ya sea que consideremos que los mismos vienen conferidos por los genes, los patrones de crianza o por el signo del zodiaco bajo el cual nacieron. Así, el "tipo puro" de masculinidad hegemónica prácticamente no se presenta en los sujetos de carne y hueso, sino que existe una multiplicidad de rasgos que caben dentro de definiciones empíricas de masculinidad.

Vale decir que no hay una única manera de ser hombre, pero esta certeza va más allá de la constatación de que los hombres difieren por sus características singulares. Ellos participan de un abanico de alternativas identitarias superpuestas

que, además del género, incluyen la clase social, la edad, la etnia, la inserción socio-ocupacional y la opción sexual. Todas estas alternativas, de algún modo, afectan sus modos de "ser hombres" en un mundo estructurado en torno a más de una vía de dotación de privilegios.

Sin embargo, consideramos que participar en un modelo de masculinidad (y no en otro) no siempre constituye una elección que cada quien puede hacer y sostener por el solo hecho de desearlo. Así, aunque no desarrollaremos este punto en profundidad, pensamos que las prácticas y posiciones de la masculinidad se conforman a su vez mediante un conjunto de instituciones, entre las que participan tanto la educación, las familias y las iglesias como el mercado y las políticas públicas.

Desde este punto de vista, si bien se puede identificar un tipo de masculinidad hegemónico, éste no necesariamente corresponde con el mayor número de hombres que viven en una sociedad. En el contexto de América latina, más allá de diferencias entre distintos colectivos, esta hegemonía se asociaría con un hombre blanco, de edad mediana, heterosexual, padre de familia y con altos niveles de ingreso. Pero también existen -de acuerdo con la categorización de Connell (1995)- masculinidades subordinadas o marginales al modelo hegemónico y otras que, aunque no alcancen los privilegios de la masculinidad hegemónica son, de algún modo, "cómplices" de ésta. ¿Por qué cómplices? Porque su condición de género les otorga lo que este autor denomina un "dividendo patriarcal. Es decir que más

allá de que sean pocos los hombres que participan en las posiciones más jerarquizadas del mundo público, el hecho de ser hombre suele facilitar el acceso a algunos beneficios (personales e institucionales) frente a las mujeres de sus mismos entornos.⁴

No obstante el heterogéneo universo de masculinidades existentes, puede establecerse como cuarta característica que las representaciones de la masculinidad, pero más aún su institucionalización en la vida social, hacen que la masculinidad se ubique en un lugar de privilegio respecto de la feminidad. Así, las identidades de género participan de relaciones signadas jerárquicamente y, es a partir de ello, que Connell señala que la masculinidad no es sólo una práctica sino también una posición dentro del sistema de relaciones de género (Connell, 1995).

Esto significa que la masculinidad se produce dentro de un territorio de relaciones sociales de género, pero que también representa un lugar altamente valorado dentro de estas relaciones. Y todo ello no sólo configura definiciones acerca de los territorios y fronteras permitidas para hombres y mujeres sino que, al mismo tiempo, filtra nuestra experiencia subjetiva, corporal y social y "naturaliza" las jerarquías culturalmente producidas. Por ello, P. Bourdieu (1998) sostiene que los hilos de lo que él denomina "la dominación masculina" se inscriben en disposiciones inconscientes de hombres y mujeres, que en su accionar cotidiano recrean -casi siempre sin saberlo- las estructuras (institucionales y económicas) y las representaciones (simbólicas) de

la dominación. Así, opera en el sistema de género una estructura de poder que no siempre se impone mediante el uso de la fuerza física, sino que en la mayor parte de los casos es sutil y se transmite mediante diversos dispositivos ideológicos. Su mayor éxito consiste en estar tan naturalizada que, frecuentemente, resulta absurda o exagerada en el orden del discurso, no sólo para buena parte de los hombres sino también para muchas mujeres.

Dolores y delicias en las identidades masculinas

El surgimiento de los estudios sobre masculinidades -que aparece como un eco a partir de la proliferación del movimiento feminista- trae a la agenda académica un conjunto de temas que impiden conformarse con la visión simplista sobre el modo de vivir los privilegios por parte de los hombres.

Trabajos como los de Michael Kaufman en Canadá o Benno De Keijzer en México llegan a cuestionar el mundo de poder y privilegio de los hombres como un mundo intrínsecamente relacionado con el dolor.

Kaufman (1997: 64) señala que "la combinación de poder y dolor es la historia secreta de la vida de los hombres. Desde un enfoque declaradamente profeminista, el autor señala que el precio que pagan los hombres para asumir una posición de poder social es la supresión de toda una gama de reconocimiento y expresión de emociones. Por otra parte, el modelo del varón y de su construcción de la masculinidad en torno a la consigna del "tener que ser importante" trae sentimientos de angustia y continuo riesgo de impugnación de su autoestima

(Marqués, 1997).

De tal modo, comienza a circular la interesante idea de que los privilegios masculinos revisten una paradoja intrínseca, pues los hombres, exigidos a crecer y a mostrarse frente a otros como seres protectores, proveedores y poderosos (como seres prácticamente invulnerables), se sumergen en una suerte de blindaje emocional, de repliegue de un universo de sensaciones y se exponen continuamente a situaciones de riesgo que con frecuencia los ubican frente a escenas de violencia y de dolor (Kaufman, 1987).

Lo señalado hasta aquí nos lleva a preguntarnos: ¿cuáles son los efectos de las masculinidades dominantes en las vidas de hombres y mujeres? Pensar que los privilegios masculinos se condicen a todas luces con padecimientos femeninos sería sin duda inverosímil no sólo para muchos hombres sino también para unas cuantas mujeres. Pero, por otra parte, pensar que la disponibilidad de recursos de poder y autonomía relativamente superiores a los de las mujeres conduce a los hombres a una lastimosa situación de responsabilidades extremas y consiguiente dolor, que enajena la capacidad de gozar de los beneficios de esta situación, no sería una hipótesis de mayor credibilidad.

Podemos decir entonces que los hombres transitan un universo poblado de "dolores y delicias"⁵ Y estos "dolores y delicias" varían en función de sus características de personalidad y de la posición que les toca desempeñar en las relaciones sociales del mundo público y del mundo privado. Así, los

privilegios masculinos pueden operar en diversos sentidos tanto para las mujeres como para los mismos hombres. Ello dependerá, entre otras cosas, del tipo de privilegios que se consideren, de las relaciones que se observen, de las características personales y sociales de los sujetos analizados y, por supuesto, del contexto en el cual se inscriban las relaciones observadas.

Es decir que difícilmente pueda afirmarse que las zonas de privilegios -aquello que llamamos delicias- de uno de los géneros sean siempre compartidas por el otro, o siempre contrapuestas a las del otro. A modo de ejemplo, se puede pensar que la afirmación de la masculinidad a través de situaciones de uso de la violencia o de la conquista sexual indiscriminada, no suele ser una delicia que pueda compartirse alegre y complementariamente entre ambos géneros. Pero a la vez, el costado masculino que alimenta el modelo de protección de las mujeres y los niños y niñas puede resultar una fuente de tranquilidad para muchas mujeres. A la inversa, la existencia de límites en el crecimiento profesional de las mujeres por razones que articulan distintas presiones del mundo privado y la institucionalización de ciertos estilos de liderazgo en el mundo público pueden resultar una incomodidad para las mujeres pero una ventaja para los hombres cuya posición en la estructura de relaciones sociales les habilita para acceder a los puestos de mayor remuneración económica y valoración social.

Vale decir que, aun cuando asumamos que las definiciones sobre lo que se espera de un hombre

"masculino" puedan tener altos costos para los hombres de carne y hueso, consideramos que en nuestra cultura, la organización social de las relaciones de género perpetúa ciertos privilegios que favorecen a los hombres, jerarquizando los espacios y actividades relativas a "lo masculino" y vulnerando derechos de las mujeres en función de una lógica de inequidad entre los géneros.

De tal modo, y recuperando la pregunta señalada en párrafos anteriores, esta construcción inconsciente, silenciosa, y a veces sutil de privilegios masculinos, tiene costos diferenciales para hombres y para mujeres. Si para los varones implica, en algunos casos, la exposición a situaciones de dolor y padecimiento físico o emocional (Kaufman, 1987, 1997; De Keijzer, 1998b); en lo que respecta a las mujeres, se debe añadir, en el terreno personal, un grado de autonomía relativamente menor y un riesgo de sometimiento que en ocasiones las lleva a sostener parejas con compañeros golpeadores durante toda la vida y, en el terreno social, una persistente discriminación en sus relaciones sociales, políticas y laborales.

Con este marco conceptual, señalaremos algunos aspectos que consideramos contribuyen a pensar las prácticas y posiciones de los varones contemporáneos en el contexto de sus familias.

Los hombres en sus familias

Hasta hace poco menos de tres décadas, la mayor parte de los hombres iniciaba su vida familiar con una certeza y también con una exigencia. La certeza

era la de constituirse en la autoridad "natural" por el hecho de ser "el hombre de la casa" La exigencia era la de mantener dignamente a su esposa, hijos e hijas con los ingresos percibidos exclusivamente por él. Por otra parte, casi todos los hombres podían confiar en que sus esposas proveerían el cuidado de los miembros de su familia y de sus casas, motivadas por valores como el amor, la reciprocidad y la obligación (Folbre, 2001).

Recuperando las tres dimensiones analíticas planteadas de modo diverso en distintos estudios feministas y resumidas por Connell (1987, 1995), podemos sostener que el papel y la posición de los varones en sus familias pueden ser pensados a partir de por lo menos tres tipos de relaciones que conforman el escenario en el cual se configuran socialmente las identidades masculinas. Nos referimos a:

1. *las relaciones de poder*, que se practican en los modos de ejercer autoridad y de definir reglas dentro de un ámbito determinado. Históricamente se correspondían con modelos de dominación masculina y subordinación femenina legitimados, incluso, a través de figuras jurídicas como la "patria potestad" y la "potestad marital";

2. *las relaciones de producción*, que hacen a la división del trabajo y la distribución de los recursos entre los géneros. Se relacionan tanto con el mundo público como con el privado. En el hogar, incluyen - en tanto trabajo- las actividades domésticas y de organización cotidiana, así como la crianza de hijos e hijas;

3. *las relaciones de afecto y la sexualidad:*

constituyen el entramado de deseos, amores y resquemores en los que participan hombres y mujeres, así como su forma de expresarlos. También atraviesan el ordenamiento del deseo sexual en las relaciones entre los géneros.

A través de situaciones en las que cotidianamente se articulan estas dimensiones, se van configurando las identidades masculinas (y femeninas), que se ponen en práctica tanto en el espacio familiar como en otras esferas de la vida social. A la vez, los afectos, el poder y el trabajo se imbrican entre sí de múltiples maneras. Las dinámicas de autoridad son filtradas por emociones y por afectos. Interjuegan en el mundo laboral y en la división del trabajo doméstico. También, hay ejercicio de poder en los vínculos emocionales y en la sexualidad. Y particularmente en el terreno familiar, los afectos resultan ser motivadores de la ejecución de una serie de trabajos vinculados con el cuidado de los otros. Vale decir que la distinción presentada responde a una necesidad analítica pero, en la interacción cotidiana, las relaciones de poder, de trabajo y afectivas se conectan entre sí, admitiendo variadas articulaciones unas con otras.

En el cruce de estas dimensiones analíticas se inscriben las tipologías sobre familias que aparecen en la literatura contemporánea. Catalina Wainerman (2003), por ejemplo, ha definido tres modelos familiares basados en la distribución del poder entre los miembros de la pareja. Los modelos serían: a) el *patriarcal*, con un varón proveedor y una mujer ama

de casa, donde se espera que él sea quien disponga de mayor nivel de recursos, tales como la educación, nivel socioeconómico, ocupación o ingresos, b) el *democrático o igualitario*, con una pareja construida a partir del amor y no de la conveniencia, donde potencialmente puede existir similitud en los recursos de ambos cónyuges, pero "diferencias en las habilidades para desempeñar los roles domésticos debido al distinto entrenamiento que reciben ellas y ellos desde la cuna" (Wainerman, 2003: 86). Finalmente, c) el modelo *posmoderno* sería aquel con fuerte valoración de la atracción sexual en la pareja, "con mujeres que salen a trabajar tengan o no hijos", que se educan tanto o más que los varones y que participan en el mundo público. Así, aparecen en la caracterización de Wainerman, elementos vinculados con el afecto, la sexualidad y la división sexual del trabajo.⁶

Por su parte, Benno De Keijzer, centrado en el tema de las "paternidades" realiza una tipología respecto de las distintas formas en que ésta "se ejerce, se impone, se huye o disfruta" (De Keijzer, 1998^a: 306). El autor remarca la importancia de entender que existen muchos modos de ejercer la paternidad y que éstos no son estáticos, iguales frente a todos los hijos, ni puros a lo largo de la vida de cada hombre, en tanto se trata de un campo "especialmente ambivalente y contradictorio" Su tipología también presenta vínculos entre las relaciones mencionadas más arriba e incluye categorías como la de: a) *padre patriarca tradicional*, quien se ve a sí mismo como proveedor exclusivo de

recursos económicos, no participa de la crianza de sus hijos y evita mostrar sus afectos por temor a que ello le reste autoridad, b) *padre ausente o fugitivo*, que establece lazos muy ocasionales con sus hijos, c) *padre neomachista*, que se diferencia del patriarca tradicional porque admite que su esposa trabaje fuera de la casa, pero mantiene un encuadre tradicional acerca de su propia posición de jerarquía dentro de la familia.⁷ Por último, De Keijzer encuentra un estilo de paternidad en construcción, que sería la d) el *padre doblante amoroso*, que incluye a quienes tienen acercamientos más afectivos y empáticos con sus hijos e hijas.

Ninguna de estas tipologías cristaliza en modelos rígidos o impermeables. Tal vez, lo más frecuente sea encontrar oscilaciones entre unos modelos y otros, en un tiempo en el cual las transformaciones en las relaciones de género parecen altamente dinámicas. Así, si bien el modelo patriarcal se encuentra parcialmente deslegitimado, no parece aún totalmente erradicado. Presenta ciertas fisuras y convive con la emergencia de pautas y negociaciones novedosas que nos permiten a la vez: a) reconocer a ésta como una época de transformación en las relaciones de género y en las definiciones de masculinidad y feminidad, y b) subrayar que el ritmo de cambio no es parejo ni se extiende en el conjunto de la sociedad del mismo modo. En esencia, lo que se observa hoy en día es la conciencia de una mayor complejidad en las relaciones sociales de género y en la construcción de identidades masculinas: discursos y prácticas que no siempre coinciden,

deseos y realidades que se bifurcan, modelos difusos o híbridos.

Entonces, podría una preguntarse: ¿cómo se ubican los hombres en medio de este proceso de transformaciones? Volviendo al caso presentado en la introducción, podemos deducir que el chofer del taxi parecía cumplir viejas pautas de relaciones familiares con algunos ingredientes algo más novedosos. Aparecía como un padre presente y afectuoso, pero todo eso se montaba sobre un esquema altamente tradicional de relaciones familiares. Su esposa no trabajaba y él asumía la responsabilidad de juntar el dinero que se requería para la operación de la hija. El hecho de ser el proveedor de recursos para su familia estaba completamente naturalizado en su discurso: no había en su relato ninguna referencia al peso que sobre él recaía. El sacrificio (trabajar durante 30 horas seguidas, la falta de sueño, etc.) formaba parte de la situación límite de su vivencia como padre, y acompañaba dignamente su papel como "hombre" en la familia y en la sociedad. Y esto no se cuestionaba. También se naturalizaba el hecho de que fuera la madre quien permaneciera día y noche en el hospital cuidando a la niña e, incluso, que fuera ella quien estuviera emocionalmente más afectada por el accidente de su hija. Desde la perspectiva del taxista, aun el modo de *amar* a los hijos tenía un sesgo de género y esto se percibía como un rasgo "obvio", que legitimaba tanto la diferencia en el *tipo de cuidado* de él y de su esposa (él: trabajando; ella: acompañando a la niña), como la diferencia en

la reacción emocional (él: "preocupado"; ella: "desesperada").

Al mismo tiempo, el conductor daba por hecho su posición de autoridad, su función de "poner orden" cuando se requería. De este modo, cuando percibió que su esposa estaba demasiado tensa, la golpeó. Otra vez, esto fue expresado por el señor sin ningún tipo de cuestionamiento sobre el acto. En su relato, el haber golpeado a su esposa era narrado como un deber, casi como parte de la autoridad que se espera de los hombres. El hombre decía "*tuve* que darle dos sopapos. Y en la elección de ese verbo, al mismo tiempo asumía el compromiso de la autoridad y se desligaba de la responsabilidad de discernir sobre su acto. El golpe tenía, en su discurso, una finalidad específica (calmar a su esposa) y, como tantas veces sucede, esa finalidad se argumentaba en nombre del deber, pero también de la compasión ("mire como estaría *la pobre...*"⁸ En ese entramado de justificaciones y argumentos que tienden a naturalizar y esencializar lo históricamente construido, se perpetúa lo que Pierre Bourdieu caracteriza como "dominación masculina" (Bourdieu, 1998).

Pero nuestro personaje del taxi no es el típico botón de una muestra homogénea de comportamientos masculinos. Es evidente que los hombres distan de ser todos iguales y, por ende, la "dominación masculina" no siempre adquiere la forma del áspero golpe ni se plasma en cada una de las relaciones interpersonales. La autoridad masculina dentro de las familias puede tener

diversas modalidades de presentación, llegando a sutilezas que se perpetúan de un modo inconsciente e invisible, tanto para los hombres como para las mujeres. Además, hay muchos varones que buscan formas más igualitarias de relaciones familiares y que se ubicarían entre los modelos de "familias posmodernas" (según la tipología de Wainerman) o de "padres doblantes amorosos" (de acuerdo con la de De Keijzer). Por otra parte, las mujeres también ejercen cuotas y zonas de poder dentro de sus familias y de sus parejas.

Hay entonces, para los hombres, muchos modos de ubicarse en el contexto de las transformaciones familiares y sociales. En definitiva, hay una variedad de respuestas distintas por parte de hombres diferentes. Si algunos afirman que "todo cambió", al tiempo que otros muestran continuidades asombrosas, si algunos dejan ver rasgos tradicionales conviviendo con esquemas novedosos de negociación con sus parejas y de cercanía con los hijos e hijas, pareciera que nos encontramos frente a un grado de complejidad mayor a la que -décadas atrás- hegemonizaba la representación de las relaciones entre géneros. Esta complejidad no permite todavía elaborar definiciones unívocas y se condice con la velocidad de los cambios atravesados. Hay contradicciones, asombros, dudas y, también, hay resistencias, y todo ello coexiste con formas novedosas en las relaciones familiares.

De este modo, si bien no podemos hablar de un cambio radical en términos de la autoridad masculina en las familias -en tanto ruptura del "deber ser

masculino"-, podemos sí encontrar distintas manifestaciones o masculinidades que entran en tensión con la pasada. Y mientras tanto, aquellos que buscan un nuevo modelo, explicitan una suerte de desorientación, que en ocasiones abre el camino para que se hable de una "crisis de la masculinidad". En definitiva, pareciera sobrevolar entre los hombres una gran pregunta acerca de cómo será su lugar en esta cambiante configuración.

Consideraciones finales

En el heterogéneo universo de hombres cuyas masculinidades se encuentran filtradas por experiencias sociales, económicas, históricas y también personales, se pueden identificar sujetos que procuran "acomodarse" literalmente a una noción tradicional de masculinidad -tal vez, como nuestro taxista- y otros que buscan redefinir su identidad como varón en función de ideas más modernas. En el medio, en un territorio abundante en matices, se encuentran, seguramente, la mayoría de los hombres que actúan cotidianamente en los espacios familiares. De tal modo, el modelo tradicional convive con otros que pugnan por imponerse, muchas veces, de la mano de las mujeres.

En efecto, no puede obviarse que las transformaciones que están operándose en las masculinidades tienen un anclaje y una correspondencia con los producidos en el nivel de las relaciones genéricas, particularmente a partir de la transformación de la posición de las mujeres en la

vida social. Pero además, estas transformaciones se encuentran fuertemente atravesadas por los cambios acontecidos en el mercado laboral y en los "regímenes de bienestar" (Esping-Andersen, 1990). Por ello, es importante subrayar que el señalar que la construcción de identidades y relaciones de género consiste en un proceso dinámico no equivale a decir que su modificación sea sencilla o que dependa exclusivamente de voluntades individuales. Por el contrario, las razones de las transformaciones de las relaciones de género pueden tener múltiples puertas de entrada. La caída de los ingresos masculinos, el aumento de los niveles educativos de las mujeres, la extensión del uso de métodos anticonceptivos, e incluso períodos de recesión y crisis económica, en los que se incrementa el desempleo masculino y se incorporan cada vez más mujeres al trabajo remunerado (aunque con altos grados de precariedad), constituyen algunos de los motivos presentes durante las últimas décadas, que han ido transformando las relaciones sociales de género en algunos sectores de América latina y que hacen que la masculinidad se encuentre en un punto de interpelación.

El tiempo actual parece ser un punto de inflexión, de no retorno. Afecta la vida de los hombres y de las mujeres. Ellos comparten espacios que solían ser de su exclusivo dominio, aun cuando mantienen sus jerarquías en varios de ellos. Ellas incorporan responsabilidades en el mundo del trabajo que se suman a las que históricamente tenían en el mundo doméstico. Para los niños y niñas, para los y las

adolescentes, esta alteración en las relaciones e identidades genéricas supone, en cierta medida, modelos de socialización diferentes de los que primaron durante siglos.

Sin embargo, reconociendo a ésta como una época de grandes cambios en las relaciones de género y en las definiciones de masculinidad y feminidad, es importante subrayar que el ritmo de cambio no es parejo ni se extiende por el conjunto de cada sociedad del mismo modo. Pueden producirse cambios en algunas dimensiones o en algunos grupos más tempranamente que en otros, abriéndose, por ejemplo, renovados espacios para la expresión emocional de los varones en la esfera privada, a la vez que persiste su posición jerarquizada en el mundo laboral e incluso en el ámbito comunitario. Y pueden convivir diversas definiciones y prácticas de la masculinidad en grupos y sociedades aparentemente homogéneos.

En este contexto, hablar de "nueva masculinidad" pareciera ser a la vez una tautología, pues la masculinidad en tanto categoría cultural ha estado siempre reinventándose, y una falacia, pues sus transformaciones no alcanzan necesariamente a todas las dimensiones ni a todos los hombres al mismo tiempo, a modo de un "renacer unidireccional y colectivo", entre otras cosas, porque tampoco surgen de un piso común.¹ Tal vez, esta idea surja ligada a imágenes auspiciosas en las cuales los varones se involucran más en la crianza y el juego con los hijos e hijas, pero todavía hay camino por

recorrer en la flexibilización de las masculinidades.

Así, frente a escenas y escenarios aún desfasados entre el horizonte de igualdad entre los géneros y el día a día de las mujeres y los hombres en sus prácticas de interacción, el cambio de siglo permite construir hipótesis en diversos sentidos respecto de las condiciones para nuevas definiciones de masculinidad y feminidad, y también respecto de la modificación de las relaciones de género. En este vaivén es difícil predecir cuál será la configuración de nuevos modelos de masculinidad y, menos aún, cuál será su extensión real o cuánto tiempo demorará en filtrar no sólo los deseos de la mayoría de los hombres y las mujeres sino la estructura de organización de las sociedades en las que vivimos. En países en los que los medios de comunicación se regodean con datos sobre el incremento cuantitativo y cualitativo de las formas de violencia pública, la violencia de género -aquella que se presenta en vínculos que suelen construirse sobre la base del afecto o la atracción sexual- no ha dejado de existir. Y mientras tanto, nuestro chofer de taxi tal vez seguirá recorriendo calles y hospitales de la ciudad sin preguntarse por qué golpeó a su esposa, por qué se lastimó a sí mismo, ni por qué cayó su niña desde la terraza.

